

A close-up, high-contrast photograph of a woman's face, focusing on her right eye and forehead. Her hair is dark and slightly messy, framing the top and left side of her face. The lighting is dramatic, with strong highlights and deep shadows. The text is overlaid on the right side of her face.

Las torpezas de
CATA

Clara Lucía Pérez Arroyave



Índice

1	7
2	9
3	17
4	25
5	33
6	39
7	45
8	49
9	55
10	61
11	63
12	67
13	69
14	73
15	75
16	77
17	81
18	87
19	91
20	97
21	99
22	103
23	107
24	109
25	111
Epílogo	115

Todos nos hemos enamorado alguna vez, creo. Cerramos los ojos y vemos a alguien que nos gusta. Eso sucedió conmigo. Cerraba mis ojos y de inmediato veía a Lucas. Es el chico de pelo rubio que ingresó este año a mi colegio.

Me llamo Catalina, pero me dicen Cata. Tengo catorce años de edad y quiero contarte una historia. Si crees que la historia será aburrida, estás equivocado. Te contaré las torpezas que cometí desde que conocí a Lucas.

Pero antes debes saber algo. Estoy casi segura de que soy una persona indecisa. Eso creo. O sea, pienso en muchas alternativas antes de decidirme por alguna. Les doy vueltas y vueltas en mi cabeza y las analizo, antes de elegir la que creo mejor. La cuestión está en que me parece, no sé, que casi siempre elijo la peor. ¿Es así? Seguramente lo es, de tal cosa no debe haber duda. Por eso, no solo necesito contarte lo que realmente me ha pasado con Lucas, sino también lo que no me ha pasado, es decir, todo lo que he pensado hacer pero que he dejado de hacer.

Espero, pues, que leas esta historia de principio a fin sin que te importen las torpezas que a tu juicio yo haya podido cometer.

Hace cinco meses estaba acostada en mi cama cuando sentí algo húmedo en la nariz. Era la lengua de mi perro Hansel, que había vomitado en la alcoba. Suele hacerlo cuando le hemos dado de comer el día anterior aquello a lo que no está acostumbrado: pollo, jamón o chorizo. Casi me muero del asco al ver semejante vomitón café oscuro junto a mi cama, pero me di cuenta de que no tenía tiempo de limpiarlo. El equipo de fútbol con el que empezaría a entrenar me estaba esperando a las diez en punto, y ya eran las nueve de la mañana.

Fui al clóset y busqué el uniforme del Barcelona, mi equipo preferido. Si me aceptaban en el equipo me darían un uniforme, pero ese día debía ponerme cualquiera. El problema fue que solo encontré la pantaloneta del uniforme: la camiseta estaba cubierta de lodo en el cesto de la ropa sucia. Sin otra opción, y luego de mirarme varias veces al espejo, decidí ponerme la pantaloneta con una camiseta de otro equipo, la primera que encontré en el clóset. No importaba mucho que no combinaran, pues encima de la camiseta me pondría la chaqueta azul que

utilizo con los *jeans* durante los fines de semana, y así lo hice.

Cuando llegué al lugar de los entrenamientos, saludé a María Antonia. Ella estudia en mi colegio y es mi mejor amiga; a ella le confieso casi todas las cosas que me suceden y se ha convertido en la persona que más consejos me da. Es más alta, tiene cabello liso y, además, es flaca como las chicas de hoy en día. Después de saludarla, nos fuimos corriendo para la cancha, donde nos esperaban.

10 Cuando estábamos cerca, vimos que habían llegado casi todas las chicas, pero también observamos, con horror, algo que no esperábamos ver: allí estaba concentrado el equipo masculino de fútbol del colegio. Y como si fuera poco, ¡oh sorpresa la mía!, en la cancha, junto a los demás chicos, estaba Lucas, el que no me dejaba ni dormir por esos días, ni pensar en las tareas del colegio. Estaba de pie, recién bañado, ya que tenía el cabello húmedo. Se parecía a uno de esos maniqués que colocan en las vitrinas de los almacenes elegantes: perfecto de pies a cabeza, con un uniforme impecable de pantaloneta y camiseta que hacían juego, con sus cachetes sonrosados y mirando hacia adelante como si no tuviera ninguna preocupación.

En ese momento, casi me muero del susto y mis piernas comenzaron a temblar. Por esos días llevábamos dos semanas de haber iniciado las clases, y desde entonces solo pensaba en él, en ese Lucas que me estaba robando hasta la forma de caminar, de hablar y de mirar. Ya sabía yo que él es hinchita del Barcelona, pues me lo había contado uno de los chicos del salón, y agradecí entonces que

justamente la prenda deportiva que se me veía fuese la pantaloneta de su equipo favorito, el equipo que podría unir nuestras vidas (o separarlas).

Las chicas estaban alineadas en la esquina y el entrenador miraba fijamente a cada una. Hacía una revisión minuciosa de sus uniformes, una por una, como si fuera el comandante de un ejército. A pesar de que el temblor de mis piernas me impedía dar pasos firmes, acabé de correr el trecho faltante, y fue así como María Antonia y yo nos incorporamos al extremo derecho de la fila del equipo femenino, justo donde él estaba por pasar.

11

A los pocos segundos, el entrenador se nos acercó, miró a mi amiga con detenimiento y, con la cabeza, le indicó que su uniforme estaba bien. Pero cuando dio un paso a la derecha y puso su cuerpo grandote y su cara grasienta delante de mí (llena de unos asquerosos granos), los movimientos de su cabeza cambiaron de dirección, al tiempo que elevó por los aires un refunfuño que todos escucharon. De inmediato, su cabeza comenzó a girar de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, como si tuviera un resorte en la nuca.

—¿Cuál es su nombre, jovencita? —me preguntó.

—Cata.

—Cata, ¿qué?

—Catalina Martínez Villagrán.

—Quítese esa chaqueta, que no forma parte de su ropa deportiva.

—No puedo, entrenador.

—¿Por qué, señorita? —dijo con un tono de voz tan

alto que acabó de llamar la atención de los integrantes de ambos equipos. Y sentí algo, no sé si en realidad fue así o no: por primera vez en las dos semanas que llevábamos en el mismo curso, Lucas tenía puesta su mirada sobre mí, o sea, se estaba dando cuenta de la existencia de una chica muy pero muy torpe, demasiado torpe, que estudiaba en su colegio.

12 —Porque, porque la camiseta que me puse... no hace juego con la pantaloneta del Barcelona —le contesté con una indecisión bastante conocida en mí.

—No importa. Se la quita o se retira del equipo sin haber sido aceptada. Aquí no se juega con chaqueta, y menos en medio de este sol. ¿Acaso no lo siente?

¿Qué crees que hice en ese momento? Sencillo, demasiado sencillo diría yo: me tuve que quitar la chaqueta azul y de inmediato sucedió lo esperado, ya que todos, incluyendo a Lucas, clavaron sus ojos en mi camiseta del Real Madrid, a la vez que dirigían la mirada un poco más abajo. No se estaban fijando en mis piernas, que debo decirte de paso son más rellenitas y cortas de lo que me gustaría. Lo que estaban mirando era mi pantaloneta del Barcelona: una pantaloneta azul, azul y con el escudo del Barcelona, pero puesta con una camiseta blanca, blanca del Real Madrid, que mostraba justamente eso: el escudo del Real Madrid.

Ese fatídico incidente duró, no sé, tal vez cuarenta o cincuenta segundos que me parecieron años. Después sucedió algo simple de contarte: creo que no di pie con bola en ese partido de fútbol y que no hice ninguno de los

pases usuales, por lo que el entrenador me llamó la atención en varias ocasiones: «Jovencita, la de camiseta del Real Madrid, dele con ganas a esa pelota; jovencita, la de la pantaloneta del Barcelona, hágale un pase a su compañera, el fútbol es un juego en equipo, no es individual...». ¡Y dale con lo de la camiseta del Real Madrid y la pantaloneta del Barcelona! No le era suficiente con gritarme cómo debía jugar, sino que además, a cada instante, me recordaba que no hacían juego.

Pero de algo sí estoy segura, muy segura, y quiero contártelo. Lucas y los demás chicos me dirigieron miradas burlonas durante todo el partido, o al menos eso sentía yo: que me estaba convirtiendo en el hazmerreír de todos ellos y que, por tanto, tendrían muchos días por delante para hablar de una compañera de colegio que no sabe que los uniformes de fútbol se ponen completos. Y yo, ese sábado, lo único que hice fue tratar de darle a la pelota mientras pensaba en qué debía hacer apenas se terminara el partido.

13

¿Qué podría hacer?

- A.** Salir corriendo de la cancha (mientras lloraba).
- B.** Pedir perdón por socavar la dignidad de ambos equipos de fútbol.
- C.** Explicar que en mi casa solo se lava ropa los lunes y que llegado el sábado casi toda mi ropa está sucia.

Medité por un rato y consideré que la alternativa A, o sea la de ponerme a llorar, no solo era la más tonta, sino que era la única opción elegida por una persona muy tonta. ¿Salir corriendo, dejar a todos tirados en la cancha y escapar? Imposible, no sería capaz de hacerlo. ¡Sería por completo torpe de mi parte!

Pero debo confesarle algo. (Aunque me da pena, mucha pena). Lo hice, sí, lo hice. Casi sin darme cuenta fue eso, eso, lo que precisamente hice.

14 Cuando el entrenamiento se acabó, fui a la banca y recogí mi chaqueta azul del césped. Entonces, el entrenador me miró con deseos de hablarme, pero yo bajé la mirada hacia el suelo y alcé la mano para despedirme. Él me dijo algo y no me quedó otra alternativa que acercarme:

—Jovencita, la de la camiseta del Real Madrid, ¿en verdad quiere usted pertenecer a este equipo de fútbol?

—Profesor, le recuerdo algo: me llamo Cata. Y sí, sí quiero pertenecer al equipo —le dije entre unos sollozos que trataba de ocultar.

—Pues, jovencita, queda aceptada en el equipo, pero nunca más vuelva a venir vestida como hoy.

Con gestos más que con palabras, le agradecí su decisión y salí de la cancha. María Antonia sí me miró y me puso cara como de lástima, pero no me buscó. Las otras amigas ni me miraron, así que no me quedó otra alternativa: correr y ponerme a llorar. Lloré mucho mientras me dirigía a la oficina del lugar de entrenamiento a fin de llamar a mi papá para que me recogiera: «Papá, auxilio, ven pronto por mí, estoy a punto de estallar».

Y de esta manera cometí la primera de mis torpezas: salir llorando de una cancha de futbol a mis catorce años de edad, mientras el chico de mis deseos se daba cuenta de quién era Cata: una chica muy torpe.